

Los domingos de mi infancia en Bocairent - Recuerdos de un no-traumatizado

Era domingo y, como todos ellos, el despertador sonaba a las siete y cuarto de la mañana. Nunca he sido perezoso para madrugar y tenía costumbre de hacerlo, pero lo cierto es que los días festivos el timbre de mi despertador de carcasa azul y esfera blanca, regalo de mi abuelo ferroviario, tenía un tono mucho más amistoso que de ordinario, como animándome a levantarme y a disfrutar de la jornada.

Pensaba entonces, como sigo haciéndolo ahora, que los días festivos deben “estirarse” todo lo posible. En aquellos tiempos no teníamos otro remedio porque el programa era muy, pero que muy apretado.

El primer paso era acudir a la misa de ocho, especialmente reservada para nosotros porque, cumplida la obligación, nos dejaba libre el resto del día. Nos sentábamos en los bancos delanteros de la iglesia, nos manteníamos con una formalidad razonable, cantábamos canciones apropiadas previamente ensayadas y la homilía tenía un contenido infantil-juvenil como correspondía a la feligresía mayoritaria.

Los mayores iban a cualquier otra hora y, si eran especialmente perezosos, a “la de doce”, que era la última.

Terminada la misa acudíamos al Patronato, verdadero centro de las actividades comunitarias de los niños y los jóvenes de Bocairent. También teníamos el Frente de Juventudes, en el “local de la falange” (actualmente Museo Festero), pero realmente estaba muy por detrás del Patronato en tirón popular, pese a que también organizaban campamentos y otras actividades al aire libre.

Volviendo al Patronato, recuerdo con verdadero afecto el cubículo interior asignado a nuestro pequeño grupo, una especie de mini-habitación con puertas de cristal, en la que Felipe, nuestro catequista, se afanaba enseñándonos catecismo y contándonos historias de las misiones africanas, tema que nos encantaba especialmente.

En una especie de globalización de los años 50 nos narraba anécdotas, comentaba artículos de la revista “Misioneros”, y nos leía alguna carta de los niños que apadrinábamos con la intermediación del Domund, organización ejemplar de la época, a la que ayudábamos llevando sellos usados y, ocasionalmente, algún alimento envasado para enviarlo a cualquiera de los misioneros españoles con los que mantenía algún contacto.

Acabada la catequesis bajábamos a los patios donde siempre teníamos alguna competición en curso, jugábamos al juego de moda o, simplemente, hablábamos. También solía haber algún tipo de acto o de representación en el teatro de la entidad.

Después de comer reunión con los amigos para hablar de lo que fuera hasta la hora de “ir al puente”, para seguir hablando y observar a los paseantes del “tontódromo local”.

Si nos aburríamos siempre quedaba el recurso de ir a la “Xopá”, o a beber agua en la fuente del “Borreguet”, o a la del “Maset del Doctor”, algo más alejada. E incluso alguna que otra vez llegábamos a subir a la “dels Teulars” que, seguramente, estaba a menor altura en la montaña

que lo que está ahora, porque, por lo que recuerdo, la distancia era más corta, y las pendientes del camino mucho menos pronunciadas.

(¿Qué extraño fenómeno es el que hace qué con la edad las casas y las cosas se encojan y las distancias se agrandan?).

El recorrido del paseo estaba muy delimitado. Empezaba en la carretera, subía el puente, avanzaba por el “Rabalet²⁰” y culminaba en la “Placeta del Mártir”²¹, en donde se daba la vuelta, para regresar hasta el punto de origen en la carretera.

Así una y otra vez.....

Las siete de la tarde era la hora de acudir al cine Avenida a ver la película programada para ese día, sobre la que habíamos discutido previamente tratando de imaginar “lo qué nos esperaba” a la vista de las desgastadas fotografías, con las imágenes más sugerentes, que podíamos observar en “els cartelets”²² colgados en la puerta del mismo cine o en la plaza “del casino del ricos”²³.

Nuestras preferidas eran “las del oeste”, las de aventuras en general o alguna de las “españoladas” de la época que tanto nos divertían.

El aforo del teatro-cine Avenida merece una mención especial. Tenía un patio de butacas y un primer piso con un pasillo delantero y dos laterales, que permitían el acceso a unas quince o veinte filas de butacas para el público en general.

La parte delantera de este piso disponía de dos palcos voladizos sobre el patio de butacas, con unas cuatro o cinco sillas cada uno, reservado para las “autoridades” del pueblo, entre las que estaba mi padre mientras fue sargento de la Guardia Civil, o para compromiso especiales.

Sin embargo la parte más excitante del cine eran los bancos corridos y sin respaldo, reservados para los niños en la parte delantera del patio de butacas, entre la pantalla y la primera fila de butacas numeradas.

Solíamos acomodarnos por grupos de amigos y practicábamos la más espontánea y rotunda interactividad, muy superior a la que se consigue en la actualidad a base de “clics” de ratón en un ordenador o con las más aventajadas “playa stations” ...

Nuestra participación era muy activa:

Gritábamos y pataleábamos cuando, ¡por fin! se escuchaba en la lejanía la trompeta salvadora del Séptimo de Caballería, y aparecían las columnas de soldados galopando entre nubes de polvo y con los caballos a punto de reventar por el esfuerzo, en auxilio de los muy acorralados “chicos” (el chico y la chica, no se nos ofenda nadie) protagonistas de la película, la caravana de colonos a punto de sucumbir, o los escasos supervivientes de aquella patrulla que salió del fuerte unos días antes para una misión casi suicida.

²⁰ Nombre que se usa en lugar de la denominación oficial de la calle. “Pequeño raval”

²¹ “Placita de los mártires”. Se conocía así a la actual plaza de Juan de Juanes, en la que se instaló un monumento a “los caídos” del bando nacional cuando acabó la guerra civil

²² Fotograma de la escena de alguna película

²³ Casino de “los ricos”

Nos sentíamos muy, pero que muy identificados con el pirata de turno, aullábamos de terror al ver aparecer al hombre lobo, o a cualquier otro monstruo empeñado en capturar a la joven inocente, y suspirábamos aliviados cuando el anciano sabio y el protagonista clavaban la estaca de madera en el corazón del odioso vampiro que tanto daño había causado a las desgraciadas que se cruzaban en su inquietante vuelo.

También reíamos efusivamente las gracias de Manolo Morán, de Pepe Isbert, de Tony Leblanc y el resto de los extraordinarios cómicos de la época, o coreábamos “por lo bajini” las canciones de Antonio Molina, de Joselito y de los ídolos del cante de la época, cuyas letras conocíamos por los cancioneros que nos vendían en el carro de chucherías que Andrés Norato sacaba a la calle, junto al del “chambitero”²⁴, algunas tardes y los días festivos

No solo los niños interactuábamos en las películas. Cuando los espectadores se mantenían, en el más absoluto de los silencios, conteniendo la respiración y con el corazón en un puño porque el malvado conde estaba a punto de seducir a la incauta huérfanita, solían escuchar la potente voz de Dolores Calabuig que, desde el patio de butacas, la advertía a voz en grito “¡¡No sigues tonta. T'está enganyant²⁵ !!”.

Y Rosario “la de casino”, más vehemente si cabe, apostillaba desde el primer piso: ¡”no el fará cas!. ¡El molt canalla la fará una desgraciada!“²⁶

No eran las únicas voces. Otras más se unían al grupo lanzando gritos de advertencia o intercambiaban opiniones sobre la maldad del taimado y la bobería de la inocente, pero entre todas ellas, estas dos, especialmente queridas por mí, son las que mejor recuerdo.

En las películas de nuestra época no se visionaba besos en la boca y, mucho menos, de lengua (¡eso sí que nos hizo daño de verdad!), pero tenían grandes contenidos de emoción, pasión y aventuras.

Por supuesto la película no terminaba con el “Fin” o el más sofisticado “The End”. Continuaba durante toda la semana en la que comentábamos una y otra vez las escenas más impactantes, o recreábamos las batallas o los lances más destacados en el antiguo campo de fútbol “d’els Clots” o, si la aventura era especialmente apoteósica, en les “escales del infern” o en los alrededores de la “cova de la basura”.

Y si habías conseguido del maquinista de turno (el último que recuerdo fue Angel Satorres, pero ejerció mucho más tarde) alguna “tireta”²⁷ ... ¡ni te cuento!.

Lo de “les tiretes” llegó a ser objeto de colecciónismo y todos nosotros hemos pasado muchas horas, lupa en ristre, admirando la hombría “d’els xic’s”²⁸ o la belleza de “les xiques”²⁹, hasta tal punto que llegaron a vender unas lupas especiales en donde se encajaba el fotograma.

Todo ello después de la escuela y armados, si el tema lo requería, con nuestras espadas de empuñadura adornada, confeccionadas con maderas que nos proporcionaban en alguna de las

²⁴ Vendedor de helados. Se ha explicado en nota anterior

²⁵ ¡No seas tonta!. ¡Te está engañando!

²⁶ ¡No te hará caso!. ¡El muy canalla la hará una desgraciada!

²⁷ Fragmentos de la película sobrantes de los “empalmes” cuando se rompía la cinta

²⁸ Los héroes protagonistas

²⁹ Las heroínas

serrerías. ¡Incluso habían afortunados que disponían de alguna especialmente resistente, confeccionada con la muy apreciada madera de “llidoner”!.

Evidentemente las rutinas cambiaron con los tiempos y las edades, aunque siempre con el mismo enmarque. Seguíamos yendo a misa de ocho e incluso a la “primera”, la de los cazadores, si teníamos prevista alguna excursión a la sierra.

El patronato continuaba siendo nuestro centro de actividades, pero ya no éramos catecúmenos. Unos colaboraban con algún catequista, todos hacíamos deportes y algunos participábamos como “artistas” en representaciones de sainetes en castellano o valenciano, mientras el “cuadro de actores” de los mayores ensayaban obras de Casona o de los autores de moda en la época.

Las tarde ya no las ocupábamos en juegos al aire libre. Repasábamos e intercambiábamos sellos o monedas de nuestra colección, hablábamos “de chicas” o jugábamos al ajedrez, por ejemplo.

Ya no íbamos al puente a hablar y recrear aventuras, sino “a pasear”. Nos poníamos en filas de cuatro o cinco, los más osados en los extremos, y solíamos ponernos detrás de las filas de chicas, las más osadas, o las que estaban en plena “promoción” en los extremos.

Manteníamos una liturgia muy estricta, especialmente en la época de la pre-Pascua que no voy a relatar ahora porque ha sido objeto de otro comentario.

Solo repito lo que pensábamos sobre “las chicas”, especialmente cuando iban en grupo y formaban gremio... ¡No había forma de entenderlas..!

Soy consciente de que una buena parte de los jóvenes de hoy actúan de forma similar a la que aquí recuerdo y aprovechan sus días de fiesta para relacionarse de una forma ejemplar o para dedicarse a actividades sociales y culturales, andando menos que nosotros, eso sí, y con muchas más facilidades, pero también sé que muchos otros malgastan su tiempo libre en ocupaciones sin sentido, sin más finalidad que “divertirse a tope” o a quemar inútilmente etapas de una vida que ya de por si es demasiado corta.

No les juzgo, pero lamento sinceramente que desaprovechen la oportunidad de sacarle el jugo a cada segundo de cada minuto de cada hora, y de disfrutar, como nosotros lo hacíamos, de aquellos largos, estirados y felices domingos de nuestra infancia y nuestra juventud.

¡Ellos se lo pierden..!

Empezado en 2010. Terminado el 13 de diciembre de 2012